

## Contestación al anterior discurso por el Académico Numerario de la Institución Rdo. Sr. D. Francisco del Valle Pérez

Doña Casilda Ordóñez Ferrer, primera Académica de esta Institución, acaba de darnos una muestra de su valía, harto prometedor de otras futuras, en línea con los treinta volúmenes publicados por la Tello Téllez. A ello le obliga su amplia cultura, su ardida inquietud, su estilo preciso, moderno, claro y ordenado.

Palentina de familia de pro, con raigambre en Astudillo, según nos dijo, por la calidad y profesión de su padre, ilustre abogado y notario eclesiástico, por el alto puesto de su tío, arcipreste de Villarriamel, por la cristiana educación materna, debió ir acunando en su alma ese espíritu religioso nada común, que ahora ha brotado nervioso, fijando y ahondando en el de una mística aldeana de su misma provincia.

Para ello cuenta con amplia cultura, adquirida a pulso en el Colegio de RR. Filipenses, completada con dos cursos llamados comunes de Filosofía y Letras, en la Universidad de Valladolid, y otros de especialidad de Románicas, en Madrid. En 1953 se traía en el bolso el premio extraordinario de Licenciatura con 14 matrículas y 15 sobresalientes en el expediente académico universitario.

A este bagaje científico difícilmente, se puede aplicar industria compulsiva del silencio y retiro solitario. No, doña Casilda, trae un ardida inquietud. Ardida, porque ha combatido en oposiciones a Agregados de Lengua y Literatura española de Institutos Nacionales, obteniendo plaza que desempeñó en Burgos hasta 1965, en que fue trasladada a esta capital; en 1968 obtuvo la cátedra de la misma asignatura y ocupó la plaza en la Sección Delegada Isabel de Villena de Valencia. Ahora es catedrático del Instituto Luis Vives de la ciudad del Turia, si bien desempeña su trabajo, como Jefe de Es-

tudios, en la Sección Delegada de Palencia, y también como Directora de la Sección filial del Instituto Jorge Manrique.

Inquietud expresada en conferencias diversas en la Diputación Provincial de Palencia (anterior ciclo Teresiano) en la Casa de Cultura en el Instituto Superior de Complementos de Estudios de Valladolid.

Esta última publicada en Palencia a mediados del año pasado, se titula "Lo Varonil y lo Femenino" y en ella se dibuja con cierta sinceridad la persona que es doña Casilda, así como en "Siete asaltos poéticos", dá fe de su profesión de Catedrático de Literatura.

Dice en la primera "La promoción de la mujer debe entenderse como una justa necesidad, que dé a la mujer la dignidad que le ha sido arrebatada o discutida, al hombre más felicidad, porque en fin de cuentas él se beneficia de esta promoción, aunque no quiera creerlo, y a la unión de la pareja y a la sociedad humana, una mayor estabilidad y equilibrio".

Las ciento nueve páginas de "Siete asaltos poéticos", con sendos dibujos a pluma de Angel Cuesta, también del año 1970, con su introducción y epílogo, contituyen una bella obra, bien elaborada y expresiva de la Belleza, Amor y Muerte en las imágenes líricas de siete poetas españoles, Garcilaso, Góngora, Meléndez Valdés, Bécquer, García Lorca, Pedro Salinas y Jesús Castañón. No tiene desperdicio esta última línea: "El rebelde hombre del siglo xx, a pesar de los obstáculos que se le oponen, busca a Dios, y como decía Pascal, buscar a Dios es ya haber comenzado a encontrarle".



En los primeros quince años de la venida al mundo de Francisca del Valle, Carrión era una estampa de desolación religiosa. Acababa de pasar la peste, que en un día de agosto había llevado a 44 personas y comenzaba el éxodo de toda la clerecia conventual: con la expulsión de los Jesuitas, Padres, legos, donados y criados benedictinos se veían salir de San Zoil y diseminarse amarga esperanza por los hogares de la ya muy reducida población de 3.200 habitantes; los Franciscanos salían de San Francisco, las Clarisas de Santa Clara, Las Isabelas de su Beaterio, los Agustinos de Benevivere, los mismos PP. Jesuitas de su recién poblado San Zoil, Dominicos... Quedaban los nueve

curatos e iglesias con otras tantas Instituciones benéficas, capillas, hospitales, refugios, albergues y yantares a lo largo del camino jacobeo, ya solitario. Más de la mitad de los habitantes no tiene ya la sopa, ni el jornal en las casas conventuales, y tarda, entre subasta y subasta, la mano muerta en convertirse en manos de laboreo enérgico.

Pero vuelven los Jesuítas. Despierta entonces la ciudad a su ser de frenética religiosidad, con iracundia a veces; una aureola de fervor ignaciano circunda todos los hogares; comienza la riada humana por el puente hacia S. Zoil; surgen los estudios de segunda enseñanza con alumnos de todas las circunscripciones y aún lejanos; viene el juniorado, el noviciado, el Colegio apostólico, se renuevan los Padres Profesores, Legos, grupos de Hermanos vascos, PP. Espirituales. Resuena la vega entera con la legión de Loyola; y, lo que es más interesante para nuestro propósito, se adivina Carrión como un sanatorio, refugio y ocio para toda la Provincia, y muchas mentalidades de la Compañía se olean entre los rústicos olmos del cuérnago mandado trazar por Alfonso VIII. Francisca del Valle, trató a todos los más selectos en el confesionario; de ahí la profunda dirección espiritual que mantuvo durante su vida. Debo señalar al P. Nazario Pérez, palentino, insuperable comentador del Magnificat, aunque todos, sacerdotes y PP. de la Compañía, pulsaran a su modo el arpa sonora de aquella alma viva.

Otras dos influencias, más lejanas, hay que destacar, las RR. de Santa Clara y la Orden Tercera de San Francisco.

Vuelven también las RR. de Santa Clara a su convento de magnificencia regia, altas tapias de piedra, con casa para demandaderos y capellán, valiosos enlaces, de las Clarisas con toda la ciudad. Nadie sale de una visita en las gradas de estas reverendas MM., sin haber oído por activa y pasiva, mucho y bueno sobre la vida penitente y milagrera de la venerable Luisa de la Ascensión. Se comentan las duras disciplinas, se exhiben en el interior los instrumentos: cadenas de hierro dulce, bolas pesadas, cilicios cortos, punzantes y nudosos; todos en Carrión comentan, encomian y propalan de la monja, visitada por el rey Felipe III y su valido, el Duque de Lerma, y aunque el final es dispar, se rememora a la Vble. M. Jesús de Agreda, del tiempo de Felipe IV. La figura de la monja clarisa, Luisa de la Asunción, trasladada por mandato de la Inquisición a Valladolid, nunca ha dejado de influir en los espíritus femeninos, en el ambiente de la población religiosa y en el recio modo de rezo, ceremonia pública, y costumbres tétricas de los Terceros.

En muchos días entonces, ahora en menos, esa Orden tercera de San Francisco, reunía a unos ochenta hombres, casi todos de campo, en la iglesia de San Francisco, para pasar el Rosario en sus misterios dolorosos, en voz alta, movimientos de personas, quietas en brazos abiertos unas, otras a la columna, dos cargadas con la cruz, dando un paso cada Avemaría, ofreciendo a besar un Cristo de bronce o una calavera. Terminaba con una rememoración nominal de cada hermano difunto y Ne recorderis altísimo, cordial, emocionante, en que las palabras de todos los asistentes se unían y ahogaban en un grito desgarrador del que comenzaba la tremenda súplica. Nada medieval he visto ni tan bello, ni tan sentido, ni como dice Doña Casilda, espeluznante, a veces, sino en "El Séptimo Sellc de Ingmar Bergman".

Queda por citar dos obras poéticas, de seguro ilustrativas de tal actividad de F. del Valle: "Mirando al Cielo" y "Mis canciones", del autor del Himno Eucarístico, "Cantemos al Amor de los Amores", premiado y estrenado en Madrid el año 1912 con ocasión del Congreso Internacional Eucarístico. Por esos años era el autor una especie de himnógrafo nacional y cada obra poética suya, andaba en Carrión, su pueblo, en manos de todos sus paisanos, digo, de los leídos y sabidos, aunque diciendo que las tenía Don Celestino, bastaría para que de verdad las hubiera releído la Santa.

Termino augurando a la Institución Palentina, en cuyo nombre hablo, óptimos frutos de la pluma de Doña Casilda, como la Academia de la Historia recogió otrora de su primera Académica, Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros.